

Juan Pablo Luna
¿Democracia muerta?
Chile, América Latina
y un modelo estallado

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Queda expresamente prohibida la
utilización o reproducción de este libro
o de cualquiera de sus partes con el
propósito de entrenar o alimentar sistemas
o tecnologías de inteligencia artificial.

© 2024, Juan Pablo Luna

Derechos exclusivos de edición:
© 2026, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile
www.planetadelibros.cl

1ª edición en este formato: octubre de 2026

Diseño de portada: Isabel de la Fuente
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

Inscripción: 2024-A-7673
ISBN: 978-956-6434-20-7

Impreso en:

*A Karina, por su infatigable resiliencia.
A Joaquina y Santiago, con la esperanza de que
puedan y sepan ser parte de un futuro mejor.
A Chile y su gente, por acogernos como migrantes
y por todo lo que me ha enseñado y hecho vivir.*

Índice

Introducción	13
Capítulo 1: Sociedades rotas	27
Futbolista, narco o cantante urbano	31
El quiebre de la promesa educativa	34
Los “mecanismos institucionales” y sus efectos (buscados e imprevistos)	37
Cuando la aspiración de consumo de los pobres cerró los <i>malls</i> de los ricos	41
Los <i>fakes</i> estatutarios	43
¿Qué es un canal de tv?	45
La creciente incapacidad para tramitar la espera	48
Sociedades locales quebradas	50
La familia y el trabajo como mecanismos de integración	51
El cada vez más lejano sueño de la casa propia	55
Cámaras versus colegios	59
<i>Deliveries</i> y sindicatos	61
El semáforo educativo y la segregación del pobre respecto al más pobre	62
Colegios <i>top</i> y narcotraficantes de elite	65
El hijo del narco y la movilidad social	68
Los colegios emblemáticos	69
Sobreproducción de aspirantes a elite	71
Oír activamente sin poder escuchar	75
Centroamérica a cinco cuerdas	78
¿Y las redes sociales?	81

Capítulo 2: ¿Qué modelo de desarrollo?	
¿Qué crecimiento económico?	83
¿De qué hablamos cuando hablamos de (modelo de) desarrollo?	83
Los partidos, el Estado y la incorporación política	87
El <i>boom</i> , los chinos y las ventajas competitivas emergentes	91
El neoextractivismo	94
Los campeones del crecimiento económico en las últimas dos décadas	96
La economía política del medio rural y la caída del presidente Lugo	97
El <i>commodity boom</i> en Perú	108
Más allá de los casos “exitosos”: similitudes y diferencias en los conflictos extractivos	116
La explotación minera y de hidrocarburos y los derechos de los pueblos indígenas y comunidades locales	119
Indios que se tomaron el poder	122
¿Y en las ciudades? <i>Start-ups, Pymes,</i> Servicios y Maquilas	124
Una economía política de restricciones	128
Crecimiento sin “economía moral”	132
Capítulo 3: Estados anémicos	135
Dos escándalos y un estallido	136
<i>Memo a La Moneda</i>	139
El problema del Estado es que es “pura carne con ojos”	146
Institucionalmente débiles, pero bien evaluados	149
Una política local sin <i>brokers</i> , un Estado sin poder	152
La política en los márgenes del Estado	163
Democracia Viva	165
Estado y partidos en retirada	170
Infancias vulneradas	172
Derechos migratorios y patrimonialismo estatal	173

Corrupción arriba, desconfianza y hastío abajo	177
Un Estado “atado de manos”	181
Un Estado miope	187
Entre el ogro filantrópico y el Estado que tenemos	192
Capítulo 4: Un Estado desbordado por la ilegalidad	195
La policía como coordinadora de mercados ilegales	203
Otros pactos de protección: Bolivia, el México del PRI y Paraguay	204
La política y la economía del Cono Sur y sus vínculos con el gran narcotráfico	216
El lavado de dinero, la política y el fútbol	218
La integración vertical y horizontal de las actividades del crimen organizado	219
El crimen “desorganizado” en Chile y Uruguay	227
La <i>Bukelización</i> de América Latina	236
¿Por qué es tan difícil encontrar alternativas ante la irracionalidad de la mano dura?	238
Democracias violentas	241
Capítulo 5: Democracias lánguidas	243
El fin de la representación política: el problema democrático	244
El colapso sin reemplazo de los partidos políticos	246
¿Qué es un vehículo electoral?	250
Mi experiencia asesorando a un vehículo electoral	255
Una ciencia política sin herramientas	274
¡Ni polarización ni populismo!	276
La crisis de la representación política fuera de América Latina	280
¿Qué factores explican la crisis de los sistemas de partido a nivel global?	286
El problema de la democracia no es un problema institucional o de liderazgos	291
Lo inocuo y los aprendices de brujo	294
El contexto estructural y las democracias ancestrales	302

Capítulo 6: Reinventar la democracia	307
Abrazar el fracaso	307
Reinventar la democracia	311
Epílogo: Cuesta abajo	317
Agradecimientos	329

Introducción

Desde hace algunos años, el mundo vive obsesionado con el auge del populismo. En términos históricos se lo puede considerar una exportación tradicional de América Latina.¹ Como hijo pródigo, luego de darse una vuelta por el mundo, ha vuelto a casa de la mano de liderazgos que hoy generan adhesión en unos y consternación en otros. Los bien pensantes están preocupados, porque asocian ese tipo de liderazgo y sus acciones con la muerte de la democracia, tal vez influidos por uno de los pocos *best sellers* globales que ha generado la ciencia política contemporánea: el libro *Cómo mueren las democracias*, de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt.

Ante el panorama actual, la preocupación por los populistas —y por la polarización y los liderazgos cada vez más delirantes que irrumpen en nuestras sociedades— es razonable. Un diagnóstico extendido es que la raíz del problema estaría en deficiencias del sistema político como la fragmentación, por lo que parece sensato cambiar las reglas de juego, buscando por ejemplo, fortalecer los partidos e introducir incentivos a los actores políticos para que apuesten al consenso y la cooperación. Sin embargo, la enfermedad está mal diagnosticada y el fármaco que se propone, en el mejor de los casos, ocultará los síntomas sin sanar al cuerpo.

La tesis central de este libro es la siguiente: los problemas de la democracia actual son problemas externos a la política institucional. A esos problemas los denominamos en general estructurales, porque van más allá de lo que pueden hacer los líderes políticos y las reglas que definen sus incentivos. Excepto en los (pocos) casos en que populistas y ultras logran devenir en autócratas, los liderazgos que tanto nos obsesionan son también

1. En el siglo xx se suele asociar al populismo a las figuras de Juan Domingo Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y Lázaro Cárdenas en México.

impotentes. Con estos liderazgos y salvo excepciones puntuales, nuestras democracias no mueren, languidecen.

Ese debilitamiento se ha vuelto permanente. No es una crisis, si por crisis entendemos un período relativamente breve, al que Antonio Gramsci veía como un interregno entre dos períodos extensos y estables. Hoy lo breve es la estabilidad. Vivimos rodeados de aquellos monstruos que el mismo Gramsci veía aparecer en los períodos relativamente cortos, en que lo viejo no terminaba de morir y lo nuevo todavía no nacía. Nuestras democracias habitan un intervalo permanente. Son democracias violentas, desiguales y corruptas; democracias con cada vez menos apoyo ciudadano. Pero, por suerte, también perduran. Como el interregno permanente por el que discurren, nuestras democracias parecen una contradicción en términos.

En ese transcurrir, más que habitar los cargos y el poder, quienes nos gobiernan habitan un opaco *déjà vu*. La estridencia que a varios los desborda en sus discursos, es la contracara de su inoperancia en el actuar. Ganar elecciones es comprarse un problema enorme, porque la brecha entre lo que hay que prometer para ganar y lo que se puede hacer desde el gobierno es abismal. La misma impotencia que detentan en el gobierno es la que hace más probable la continuidad de una democracia lánguida que su erosión definitiva.

El rey está desnudo. Y, sin embargo, cada vez con más ansiedad y anticipación, todos esperamos la encuesta del domingo, porque pensamos que nos indica quién tiene chances de ganar la próxima elección. Parafraseando al politólogo peruano Alberto Vergara, en cada instancia electoral elegimos entre “enemigos ínfimos”. Parece que se nos va la vida en cada elección, pero en realidad el triunfador rápidamente se dará de bruces con su derrota.

Los personajes del circo político nos entretienen y nos generan morbo, pero no logran gobernarnos. Ya no hay mucha diferencia real entre el *show* de *Gran Hermano* y una carrera presidencial. Mientras tanto, los *junkies* de la política, que cada vez somos menos y estamos más deprimidos, debatimos encarnizadamente sobre el escandalillo del día. Esas polémicas también obsesionan a la prensa carroñera y alimentan nuestro autoengaño de actuar

como poderosos justicieros en las redes sociales. En realidad el debate es siempre el mismo, aunque varíen los temas, los elencos y el *funado* de la semana. Eso es lo que también aburre y aleja a quien tiene cosas más relevantes de qué preocuparse.

Dado este estado de cosas, ¿qué implica intentar dejar atrás el circo del debate contingente y pensar en los fundamentos externos a la política institucional que explican nuestra languidez democrática? Involucra entender por qué esos liderazgos que nos atemorizan y obsesionan tienen en realidad un poder cada vez más limitado. Su impotencia radica en que se enfrentan a una sociedad profundamente transformada, que opera sobre un modelo de desarrollo agotado. Mientras tanto, el poder que detentan está constreñido por la realidad de las instituciones y Estados-nación que encabezan. Son Estados e instituciones debilitados, que deben enfrentar con armas cada vez más precarias el embate de quienes los desafían desde arriba, desde abajo y por los costados.

Para cotejar cuánto más pesa lo contingente que lo estructural en nuestro análisis cotidiano, pensemos por ejemplo en Estados Unidos y comparemos: ¿cuánto nos obsesiona la eventual vuelta de Donald Trump a la presidencia de la nación “más poderosa” del planeta? y ¿cuánto nos preocupa lo que Trump realmente implica? Trump no es más que el síntoma de una sociedad cuya enfermedad precede al líder. Esa enfermedad seguirá estando allí cuando él salga finalmente de escena. Razonemos, si no, por el contrario, ¿cuánto pudo corregir la presidencia de Joe Biden los fundamentos estructurales que explican la irrupción y ascendencia de Trump en 2016 o del *Tea Party* en el período anterior?

En otras palabras, ¿por qué al mirar a Estados Unidos solo vemos que el problema es Trump o, en términos más generales, que lo que está enfermo son las elites políticas que flotan en el pantano de Washington? ¿Cuánto consideramos otros factores al intentar explicar el Estados Unidos actual? ¿Por qué olvidamos tan fácilmente que se trata de una sociedad decadente en términos de su liderazgo global, quebrada en términos raciales, profundamente desigual, repleta de fanáticos y resentidos (¡que además se sienten desplazados y están armados!)? ¿Por qué obviamos que, más allá de lo que pase a nivel nacional, un número

no trivial de gobiernos estatales (en el sur y en el centro del país) satisfacen ya buena parte de los estándares para ser considerados regímenes autoritarios a nivel subnacional?² ¿Cuánto del daño que puede hacer Donald Trump si vuelve a ser elegido depende de las características del sistema político y de las elites políticas nacionales y cuánto, en cambio, de las dinámicas emergentes en la economía política internacional, así como del sustrato social, económico y cultural en que su liderazgo ha logrado prosperar?

En última instancia, “tenemos los gobernantes que nos merecemos”. Quienes hoy nos gobiernan no conducen, sino que reflejan el tipo de sociedad a la que nominalmente encabezan. Para entender los problemas de la democracia es necesario entender entonces a esas sociedades y su profundo proceso de transformación.

Por supuesto, los liderazgos y las instituciones no son inocuas. Los malos liderazgos pueden hacer mucho daño, aún en el corto plazo. En los márgenes, un buen liderazgo, así como un período de crecimiento económico, nos pueden ayudar a comprar tiempo. Y ante una crisis terminal, comprar un poco de tiempo lo es todo.

Los incentivos institucionales, también en los márgenes y con tiempo a favor, pueden contribuir. Reformas institucionales mal orientadas pueden a su vez catalizar el colapso. Sin embargo, apostar solo a los liderazgos o a diseñar incentivos institucionales para buscar que actúen más “racionalmente” no servirá de nada. Antes, me parece, hay que entender mejor de qué se trata el problema. A eso intenta contribuir este libro.

La estructura del texto es la siguiente.

El capítulo 1 analiza algunas dimensiones de la profunda transformación social que viven hoy nuestras sociedades. En ese apartado hago foco en cómo algunos mecanismos centrales (la

2. Robert Mickey ha argumentado que al menos diez estados se ven hoy amenazados por la captura del Poder Judicial y por procesos de *gerrymandering* (el cambio de los distritos electorales que pueden dar ventaja electoral al incumbente). Esto empujaría a esos estados hacia un nuevo período de autoritarismo subnacional. Su investigación, puede revisarse en Mickey, Robert. “Challenges to Subnational Democracy in the United States, Past and Present”. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, vol. 699, 2022, pp. 118-129.

educación, el trabajo, el barrio, la familia, los bienes públicos, las expectativas de un futuro mejor, etc.) que proveían integración social a las sociedades modernas se han debilitado profundamente.

El capítulo 2 explora los déficits más evidentes del actual modelo de desarrollo latinoamericano. Se trata de un modelo “implícito”, no declarado, basado en la explotación y exportación de recursos naturales en el medio rural, así como en el fomento del *emprededurismo* (desde *startups* tecnológicas a pymes, pasando por un número creciente de empleos informales, tradicionales y “de plataforma”). Ese modelo también incorpora una economía de servicios y consumo, así como su financiación. Este modelo de crecimiento produce efectos sobre la sociología política de nuestros países que complementan los que generan las dinámicas analizadas en el capítulo 1. Al mismo tiempo, el modelo de crecimiento y sus déficits refuerzan debilidades estatales y potencian el atractivo de los mercados ilegales como mecanismo para buscar la movilidad social por parte de sectores frustrados con sus posibilidades en la economía legal.

El capítulo 3 explora algunas fallas institucionales de los Estados-nación latinoamericanos en donde destacan: la llegada territorial despareja y desigual, la incidencia del clientelismo y el patrimonialismo en la gestión estatal, la pérdida del monopolio y control sobre datos estratégicos, la poca capacidad de adaptación (y de control efectivo) que inducen lógicas de rendición administrativa ancladas en la desconfianza.

El capítulo 4 complementa el diagnóstico anterior analizando la expansión de mercados ilegales en la región, haciendo énfasis en el desafío adicional que esa expansión plantea a nuestros Estados, sociedades y sistemas políticos.

El capítulo 5 vuelve a los problemas actuales de la democracia, vinculándolos a los cambios estructurales descritos en los capítulos anteriores. Finalmente, la conclusión explora el tipo de solución que requerimos para revitalizar nuestras democracias. Como *spoiler*, no hay allí recetas, sino algunas ideas sobre lo que requerimos y sus diferencias con lo que usualmente pensamos necesitar.

Antes de comenzar, quiero hacer cuatro aclaraciones.

Este no es un libro sobre Chile. El deterioro de la democracia en el país parece evidente. Ese desgaste es relevante para América Latina, pues durante décadas Chile fue el país emblema de un modelo de desarrollo posible para la región, hasta que sobrevino el estallido social de 2019.

Hay quienes piensan que esa erupción de demandas básicas y violencia callejera es el hito fundante del proceso de deterioro democrático del “país modelo”. Desde esa perspectiva, en 2019 Chile habría caído en la llamada trampa del ingreso medio: una crisis de expectativas desmedidas, alimentadas por el propio éxito de su estrategia de crecimiento y desarrollo.

En este tipo de interpretación, tras la irrupción de las protestas instigadas por el “buenismo adolescente” de quienes no apreciaban las virtudes del proceso de modernización capitalista chileno, las elites políticas y sociales se polarizaron, iniciando un proceso de pérdida de confianzas (el vaciamiento del centro) que terminó abriendo espacio a liderazgos disruptivos, cuya falta de moderación y razonabilidad secaron definitivamente el “oasis” del que hablaba el presidente Sebastián Piñera unos días antes del inicio de las protestas.

A su vez, la violencia de las manifestaciones callejeras y el “octubrismo” de quienes no las condenaron con fuerza, terminaron abriendo la puerta para el debilitamiento institucional y el avance de la ilegalidad y del “narco”. En este movimiento, el “oasis” devino en un desierto por el que todos transitamos con temor a que por fin llegue nuestro “populista” a terminar de arruinarnos. Mientras tanto, intentamos evitarlo pontificando sobre las virtudes de la democracia y los partidos políticos, y en ese tránsito, seguimos mirando de soslayo a otros países donde el “populismo” ya se instaló.

Finalmente, enfatizamos con tanto sentido de urgencia como inoperancia la necesidad de “arreglar” el sistema político, para evitar la largamente anunciada llegada del monstruo y volver así a nuestro recatado consenso de antaño.

En esta interpretación, el estallido y las movilizaciones sociales que le precedieron constituyen una discontinuidad fundamental: un “antes” al que ahora hay que intentar volver lo más pronto

posible, y un “después” que no fue más que un carnaval en el que perdimos toda sobriedad.

Contra el anterior análisis se ha levantado otro que sostiene que el estallido chileno fue uno más entre muchos eventos similares, tanto por su forma como por su desenlace. Por un lado, las protestas violentas e inorgánicas son cada vez más frecuentes a nivel regional y global. Por otro lado, en América Latina, los estallidos sociales y también los estallidos electorales (como lo fueron las dos elecciones de las convenciones constituyentes elegidas en Chile) se pueden vincular con el desfonde de los sistemas políticos nacionales. A modo de ejemplo, en la década de 1990, la región andina vivió una ola de protestas y movilización social que terminó abriendo paso a los “populistas”, tras derrumbar en una o dos elecciones los sistemas políticos tradicionales de Bolivia, Ecuador y Venezuela. El mismo proceso ocurrió vía “estallidos electorales” en Perú (en 1990) y en Colombia (luego de la entrada en vigor de la Constitución de 1991). En esos casos, liderazgos “populistas” derrumbaron a los sistemas de partido tradicionales mediante irrupciones electorales rápidas. A raíz de estos procesos, la democracia murió en Venezuela y languideció en el resto de los países.

Más recientemente, Brasil inició un proceso de polarización y debilitamiento democrático que combinó protestas masivas en 2013 y un estallido electoral con el triunfo de Jair Bolsonaro y el debilitamiento del “*centrão*” (bloque de partidos del centro) en 2019. También en 2019, El Salvador eligió a Nayib Bukele, liquidando en las urnas y de un solo tiro, a uno de los sistemas de partidos más estables de América Latina de las últimas tres décadas (junto con el chileno, el uruguayo y el argentino). En 2023, otro estallido electoral, esta vez liderado por Javier Milei en Argentina, mandó a la “casta”, con su “grieta”, para la casa. El análisis podría también extenderse a un sinnúmero de otros casos, varios de ellos en el mundo desarrollado. Desde esta perspectiva, Chile no es para nada excepcional y su deterioro democrático es meramente la expresión local y tardía de un fenómeno global. Ese deterioro ya estaba ocurriendo antes del estallido y siguió ocurriendo durante y luego del mismo.